

V A R I E D A D E S

Capítulo Provincial de la Provincia de Filipinas

ZARAGOZA 1958

Elogio de los difuntos de la Provincia

POR

DICTINIO RODRIGUEZ BRAVO, AGUSTINO

*Magnificabitur Christus in corpore meo sive
per vitam, sive per mortem.*

*Será glorificado Cristo en mi cuerpo, ora sea
por mi vida, ora sea por mi muerte.*

(PHIL. 1,20)

M. R. P. Asistente General (1)

M. R. P. Provincial

RR. PP. Capitulares

Padres y Hermanos de la Comunidad.

Escribe S. Pablo desde su prisión romana bajo la mirada escrutadora de un soldado de la Guardia Imperial. Agradece a los filipenses la ayuda material, las atenciones y la adhesión que caritativamente le brindaron. En justa correspondencia, les descubre los secretos de su corazón. Está preso e ignora si le espera la libertad o la muerte. Es lo mismo. El ánimo de Pablo está en el fiel de la balanza divina y poco le importa que gane la vida o que pese más la muerte. Una y otra le servirán para glorificar a Cristo.

(1) M. R. P. Rafael Pérez González, Asistente General por España y la América latina.

Esta maravillosa doctrina que llena de contenido teológico la vida y la muerte, nos identifica con nuestros hermanos difuntos. Ellos glorificaron a Dios rindiendo sus vidas. Nosotros, viviendo en Cristo. Ni la muerte logra destruir la fraternidad que se funda en Dios . . .

Guiados por los precedentes pensamientos paulinos, tras la Santa Misa y las Preces rituales por el eterno descanso de nuestros difuntos del trienio 1955-1958, nos disponemos a tributarles el homenaje devoto, cálido y sincero, a fuer de fraternal, que anida en nuestros corazones y viene a ser como la floración espontánea de nuestra piedad hacia los hermanos fallecidos. Iniciamos así una visita recatada, dolorosa y emotiva al cementerio de nuestros muertos, para hacer un alto en cada tumba y, en vez de depositar flores al estilo de los mundanos, recoger las inmarcesibles flores de sus virtudes que no perecen, ni se ajan, aunque sus cuerpos paguen el tributo de descomposición inherente a la materia.

Pretendemos lograr nuestro intento con reverencia y con amor. Son nuestros, les queremos y les lloramos como a hermanos y la muerte hace aún más amable su memoria.

Cada sepulcro tiene su detalle, su nota emotiva, su peculiar atractivo, su símbolo y su bandera.

Hablar con ellos y de ellos es una fortuna, porque no cabe mayor dicha que entretenerse con los seres queridos que con la muerte triunfaron de la vida y volver a vivir con ellos unos instantes que tienen sabor de eternidad y de gloria.

En la vida cotidiana, complicada y embarazosa, abundan en demasía los que bucean en las profundidades de los ríos «que son nuestras vidas», con enfermiza curiosidad. La muerte debe cerrar el paso a los inquisidores de miserias humanas, cuyo olfato, como el de ciertas aves, se orienta por el olor a podredumbre. Por eso en ocasiones, nos cansa la convivencia con los vivos y hemos de refugiarnos en el recuerdo de los muertos, aureolado de silencio y de paz.

Convengamos en que es más hermoso y más justo dar paz a los muertos y desentrañar algo de lo mucho bueno que se llevaron al sepulcro y que nosotros debemos airear, sin peligro para ellos y con provecho espiritual para nosotros.

Verdad es que, aun siendo pocos, tan sólo seis, los falleci-

dos en los últimos tres años, hay materia abundante y tentadora para una glosa sugestiva y sobria que evoque a grandes pinceladas su santa memoria, exhibiendo ante vosotros, más que un retrato, una silueta. Los habeis conocido y admirado y podreis adivinar y concretar el alcance de cada expresión y de aquello que, sin decirlo, va sutilmente prendido en el espacio misterioso de entre línea y línea.

† **Rmo. P. Angel de la Calle Fontecha, Prefecto Apostólico de Yochow (China). Palencia, 2 de agosto de 1955.**

Ostenta la primacía cronológica y representativa.

Con su muerte se apagó la última lucecilla de aquellas dieciocho lámparas votivas que encendieron a Dios D. Basilio y Dña. Antonia en la Puebla de Valdavia. Le precedieron en la muerte sus diecisiete hermanos, entre ellos los PP. Mariano y Jesús, también agustinos. Era primo suyo el Rvmo. P. Anselmo Polanco Fontecha, Obispo de Teruel, cuya causa de Beatificación se tramita en Roma. Bien merece el P. Angel ser corona y apoteosis de una familia ejemplar.

Era una viva estampa de bondad atrayente y contagiosa. Su aire de hombre sencillo y transparente infundía respeto y admiración, como si irradiara fulgores de santidad. Era serio, sin ser hosco. Cautivaba los corazones con su trato sencillo, optimista y jovial. Podemos presentarle como dechado del Religioso universalmente querido y admirado como Superior, como colaborador y como amigo. Es que todas las facetas de su actividad sacerdotal tenían el común denominador de la serena virtud y del dominio de sí propio que son el imán irresistible que conquista simpatías y gana amigos.

Diríase que la hombría de bien le llenaba por dentro y hasta rebosaba hacia afuera, asomándose a sus labios y dibujando aquella sonrisa plácida, serena, espontánea y cristalina.

La explicación será más exacta y más profunda si afirmamos que llevaba en la cara la irradiación de una vida interior vigorosa y exhuberante que se reflejaba en el espejo de su rostro como consecuencia natural de una conciencia justa y limpia, ribeteada de candor infantil y humanizada por los reflejos de su humildad.

Nada fue capaz de quebrar la línea suave de su patriarcal y dulce amabilidad. Ni las responsabilidades de sus cargos, ni las inevitables fricciones de la vida, ni los achaques corporales acentuados a raíz de su regreso a España, pudieron nublarse el brillo de su sonrisa. Fuimos testigos repetidas veces de sus aparatosos y crueles ataques renales: se retorció en el lecho, se incorporaba y se volvía a acostar, presa de dolores vehementes, en forzadas contorsiones gimnásticas que producían escalofríos en los circunstantes, pero jamás se descompuso su semblante. Como de costumbre, su invencible vitalidad interior prevalecía sobre todas las flaquezas de la carne.

Su formación eclesiástica sobrepasaba el nivel normal. Fue estudiante serio y aplicado y se preparó a conciencia en Valladolid y La Vid durante los años de la carrera. Poseía una cultura general y sobre todo religiosa que le permitía alternar sin desdoro en conversaciones y controversias de elevado tono. Ni presumía de saber, ni trataba de imponer sus convicciones. Acaso por eso mismo inducía a error con el espejismo de su amor a la humildad.

Fuera por inclinación personal o por exigencias de sus cargos, lo cierto es que cultivó con preferencia los estudios canónicos y gozó fama de hombre documentado en el manejo e interpretación del Derecho Canónico, siendo sus opiniones harto estimadas en la órbita de las comunidades agustinianas y en los círculos eclesiásticos de China. Intervino en asambleas regionales y en reuniones eclesiásticas de altura en que dió prez y brillo a nuestro hábito.

En la misma medida que era bueno y caritativo para los demás, era riguroso para consigo mismo. No sólo en el enjuiciamiento teórico y práctico de sus cualidades y de su valer, sino en las mortificaciones corporales y en la voluntaria renuncia a las pequeñas satisfacciones que, siendo lícitas y honestas, pueden reputarse como menos dignas de la austeridad de la vida religiosa. Su sobriedad y voluntaria renuncia a las más inocentes expansiones, aunque disimuladas con hechuras de hábil prestigitador, fueron conocidas y admiradas por todos los misioneros de China.

Extremaba la pobreza en el trato y atuendo de su persona. Era tan parco en la mesa, que llegó a poner en peligro su salud.

Y esto no sólo en la Misión, particularmente en la última etapa de su permanencia en China, sino también en España, donde era preciso estimularle a tomar el alimento necesario, esgrimiendo apremiantes razones que no siempre resultan convincentes:

Su amor a las Misiones le llevó a consagrarlas enteramente su vida. De 1912 a 1953 trabajó en primera línea. Cuarenta y un años fecundos repartidos por toda la geografía de nuestro territorio de Hunan Septentrional en los que fue, por encima de todo, Misionero.

Tuvo particular inclinación y habilidades de constructor, acreditadas en la edificación de algunas iglesias y del Seminario y Colegio de Changteh.

En los cuarenta y un años de estancia en China, ni se ausentó por tiempo notable, ni tomó las vacaciones que por derecho le correspondían, a pesar de la amorosa presión de su familia, del evidente quebranto de su salud y de las caritativas sugerencias de sus Superiores y compañeros. Estaba tan compenetrado de sus deberes y tan aprisionado en las redes de su celo, que el más justificado alejamiento temporal, se le antojaba deserción. Vino a España empujado por el Comunismo, arrojado física y moralmente de China, maltrecho y derrotado en el cuerpo, pero mucho más enfermo del alma. Con una amargura tan honda, que parecía llevar en el corazón todos los martirios de las atribuladas cristiandades chinas.

Antes de cerrar el libro de su vida misionera, queremos dedicar una página a sus específicas actividades como Prefecto. Lo fue y el primero de Yochow desde 1932.

No hay Religioso que no haya tenido noticia de la fecunda obra por él desarrollada. Hemos llegado a temer que los elogios, por sus dimensiones, pudieran estar inflados por la pasión o desfigurados por la perspectiva y la distancia, pero estamos en condiciones de aclarar que se ajustan a la verdad histórica, tras haber recogido datos y apreciaciones concordes y convincentes. Destaquemos algunos rasgos:

A los tres años de ser Prefecto Apostólico, se le consideraba dentro y fuera de nuestro territorio como el abanderado de las empresas misioneras y el organizador del apostolado con estilo nuevo, métodos modernos y sistema orgánico de la

mayor eficacia: lanzó con profusión folletos de propaganda religiosa que tuvieron excelente acogida y provocaron incontables conversiones. De ellos se sirvieron los Misioneros de otros Vicariatos y nacionalidades para sus obras de santo proselitismo.

La Escuela Catequística de Yochow por él fundada y dirigida se hizo célebre por la seriedad de su funcionamiento y el acierto en el planteamiento y en el desarrollo de sus programas especiales. Hasta el punto que Mons. Mario Zanin, a la sazón Delegado Apostólico en China, proclamó en sesión plenaria de Conferencias Episcopales, que podía considerársela modelo por su plan de formación y la multiplicidad de sus actividades.

De este Centro salió un grupo de Catequistas que fueron honra y prez de nuestras Misiones y a la vez colaboradores eficacísimos de una cosecha de bautismos y conversiones que, según las Relaciones enviadas a la Congregación de Propaganda Fide, señalan un éxito sin precedentes.

Fundó una institución femenina de Vírgenes Propagandistas, llamada Congregación de la Bta. Inés Lucía, Mártir y Virgen china. Llegó a reunir once doncellas que vivían en Comunidad, bajo la dirección de las Agustinas Misioneras de Ultramar. Sólo Dios sabe los desvelos, el trabajo y la constancia que puso el P. Angel en esta obra por él ideada, sostenida y estimulada con ilusión paternal.

Su actuación como Prefecto lleva el sello de las obras divinas: el sufrimiento y la cruz:

La muerte trágica del P. Abilio Gallego.

El fallecimiento prematuro de varias Vírgenes chinas cuando su formación y adiestramiento en el apostolado eran presagio de éxito.

La gran guerra chino-japonesa que dio ocasión a los nipones para desencadenar sus feroces instintos y su barbarie civilizada.

La persecución de los comunistas chinos que con métodos nuevos de cálculo y de eficacia, aniquilaron todas las instituciones de tipo religioso.

Las mismas guerras con sus destrucciones materiales y su diluvio de inmoralidad.

Este cúmulo de causas provocó un torbellino moral en las

Misiones que dio al traste con una obra ingente amasada con sacrificios y preñada de esperanzas. Humanamente hablando, sólo quedó en pie el ánimo imperturbable del P. Angel cuyas virtudes fueron reconocidas y admiradas por los jefes nipones y por los jerifaltes de la mesnada comunista china.

El P. Angel fue lanzado desde China a la Patria como el despojo de un naufragio . . .

Ya en España, fue maravillosa y ejemplar su adaptación al nuevo género de vida que le impusieron las circunstancias.

Se prestaba a todo sin exigir nada. Apoyado en su sincera humildad abdicó voluntariamente de toda ostentación y se redujo al estado de un Religioso más. Ni buscaba honores, ni gustaba de recibirlos. Atrincherado en el reducto de su celda, volvió a paladear los encantos de la soledad y del retiro, feliz en su sencillez exenta de responsabilidades y capisayos.

Acudía con asiduidad a los actos comunes, se desvivía por complacer a los Superiores, contagiaba de bondad a sus hermanos. A veces no respondían sus condiciones físicas a su derroche de buena voluntad. En Madrid se prestó a dirigir el Rosario, aunque su escaso caudal de voz traicionara su buen deseo. Al carecer de obligaciones específicas, consagró muchas horas al confesonario. Mañana y tarde, rodeado de almas o de soledad, resistía el correr de las horas. Los fieles calibraron sus excelsas dotes sacerdotales y le rodearon de afecto y de admiración.

Su estancia en el Colegio de Zaragoza revistió idénticos caracteres que le granjearon el cariño sin limitaciones de propios y de extraños. Es posible que sus interminables horas de vida sedentaria agravaran sus viejas dolencias acelerando el desenlace que nadie presentía tan cercano. Ni siquiera él mismo que fue a los baños de Corconte (Santander), más que esperanzado, seguro de su restablecimiento.

En el Balneario conquistó simpatías y ganó voluntades que incluso se constituyeron en favorecedoras de su persona y de la Misión.

Las aguas de Corconte cayeron sobre el P. Angel como un mazazo. Su naturaleza depauperada y desguarnecida no pudo resistir la reacción violentísima estimulada por las aguas medicinales. Le trasladaron urgentemente a Palencia, a casa de

sus sobrinos, buenos, afectuosos y entrañables hasta lo inverosímil. Sus desvelos y la cooperación de los mejores médicos no pudieron detener el proceso de la enfermedad. El P. Angel era el único optimista. Pensaba y quería vivir. Recibió los Sacramentos por devoción. El 2 de agosto de 1955, sin agonía ni violencia, se quedó súbitamente dormido, con el sueño de la muerte. La noticia inesperada y cruel, puso una nota de luto y dolorosa condolencia en el Capítulo Provincial de 1955. R. I. P.

Datos biográficos: Nació el 27 de enero de 1886 en La Puebla de Valdivia (Palencia). Estudió latín en Barriosuso de 1899 a 1902. Tomó el hábito en Valladolid el 18 de septiembre de 1902 y profesó de simples el 19 de septiembre de 1903. Profesión solemne el 25 de septiembre de 1906 en Valladolid. Presbítero el 26 de julio de 1911 en La Vid.

Oficios: Misionero en China de 1912 a 1953.

1913-1915 en Shimen.

1915-1916 en Yuin-Ting.

1916-1917 en Shimen.

1917-1919 en Anfu

1920-1924 en Yuan-Kiang.

1925-1932 en Changteh.

1932-1953 en Yochow.

1954-1955 en Zaragoza.

Nombramientos: en 1927, Rector del Seminario de Changteh; en 1929, Vicario Provincial; en 1930, Pro-Vicario Apostólico de Changteh; en 16 de enero de 1932, Prefecto Apostólico de Yochow.

Falleció en Palencia el 2 de agosto de 1955, confortado con los Santos Sacramentos.

+ **R. P. Angel Alvarez Vega. Zaragoza, 25 de octubre de 1955.**

He aquí un Religioso sobre el que se posó la mano de Dios que unas veces acaricia y otras aprieta. Al P. Angel le empujó desde joven a la Religión Agustiniiana, tras las huellas de su tío, el P. Angel Vega, insigne misionero con alma y pluma de artista.

La exploración médica que precede al Noviciado, desvaneció sus ilusiones. Una afección laríngea pertinaz y rebelde, le abrigó bien a pesar suyo, a volver a su casa con las ilusiones plegadas, aunque no rotas. Ocurría esto el año 1945.

Tres años permaneció fuera. Durante ellos recuperó, totalmente la salud, hizo la carrera de Comercio y se afianzó en la idea de abrazar la vida religiosa. Surgieron dificultades y oposiciones, fáciles de imaginar, difíciles de vencer. Saltó por todo con intrepidez de gladiador y llegó a Valladolid para consagrar su voluntad al servicio del Señor de sus victorias.

Encuadrado en la vida religiosa con la reflexión y el aplomo del hombre cabal, consciente de sus decisiones y plenamente responsable de sus actos, fue novicio y corista modelo en la piedad y en el estudio. A la vista he tenido los informes de sus maestros que acreditan esta afirmación.

Era un hombrachón arrogante, fornido, de amplia osamenta, pródigamente revestida de tejidos. Sencillo como un niño y serio como un hombre. Bullicioso en los juegos, tenaz en el estudio, atento en las clases, recogido en la iglesia, sumiso a los Superiores, caritativo con sus hermanos, bueno, agradable y discreto con todos.

En el Colegio de Zaragoza, su único destino, confirmó plenamente la excelsitud de sus prendas como profesor y como sacerdote. Sobre sus amplias espaldas llevaba con alegría la ruda tarea del cotidiano batallar docente, contagiando de optimismo a sus compañeros y llenando de lisonjeras realidades el margen de confianza que le otorgaran sus superiores.

Apenas iniciado su raudo vuelo ascensional, cayó fulminado, víctima de un colapso cardíaco, en las circunstancias que todos conocemos.

La tragedia produjo consternación en nuestro Colegio de Zaragoza y llenó de luto la Provincia. Sólo ejerció el sacerdocio dos años. Carrera breve y fecunda, iniciada con siembra de contradicciones, florecida en virtudes religiosas y fructificada con la conquista del cielo. Quiso Dios que el alma tersa, pura y blanca del P. Angel subiera el empleo antes de que las manchas empañaran su candor. Fue arrebatado por las providenciales prisas divinas, al decir de la Sabiduría (Sap. 4,11).

Datos biográficos: Nació el 10 de julio de 1925 en Santiago del Molinillo (León). Cursó latín y Humanidades en Valencia de Don Juan de 1939 a 1941. Tomó el hábito en Becerril de Campos (Palencia) el 24 de octubre de 1948, profesó de simples en Valladolid el 26 de octubre de 1949 y de Solemnes en Valladolid el 26 de octubre de 1952. Presbítero en Valladolid el 5 de julio de 1953.

Destinos: Fue profesor en el Colegio de San Agustín de Zaragoza desde septiembre de 1953 hasta su muerte.

Títulos académicos: Perito Mercantil, obtenido en la Escuela de Comercio de León en septiembre de 1948.

Falleció repentinamente en Zaragoza el 25 de octubre de 1955, a consecuencia de colapso cardíaco, cuando contaba treinta años de edad.

† **R. P. Nicanor Alcántara Cotorruelo, Valladolid 24 de mayo de 1956.**

Recién ordenado sacerdote, con mil ilusiones en flor, embarcó con rumbo a Hunan Septentrional, cuyas Misiones enmarcaron sus actividades de todo orden en casi cuarenta años de vida apostólica. Iba como otros tantos compañeros con el libiano bagaje de su mentalidad de estudiante, con el alma abierta a todas las impresiones que nos reserva la vida. Poco a poco fueron calando en su idiosincrasia las costumbres, la vida y el mundo del nuevo ambiente. Pocas veces se habrá logrado una fusión más perfecta entre la formación europea, y las ideas y usos del celeste Imperio. El vestido, la comida, los gustos, todo tenía en él color chino. Admiraba la habilidad, el espíritu comercial, la filosofía, las costumbres primitivas de aquel pueblo.

Cuando vivió en España, no resistía la tentación de las comparaciones, y el punto de referencia para aplaudir o reprochar, eran las cosas chinas. En los años que vivió como Definidor con residencia en Neguri, en sus frecuentes paseos por los alrededores, no le deslumbraban ni los palacios residenciales, ni el estruendo de las fábricas, ni la agitación de los centros industriales, ni el tráfico de la ría. Iba abstraído haciendo

cálculos mentales sobre el número de barracas y casuchas flotantes que podrían levantar los chinos en ambas riberas del Nervión. Me atrevería a afirmar que si le faltaba el color amarillo y le sobraba la barba, tenía, no obstante, aire y rostro de Mandarín...

A pesar de lo dicho, hay accidentes de su personalidad que no experimentaron en el transcurso de los años la menor variación. Fue habilidoso para los trabajos manuales, detallista metódico en el planteamiento y desarrollo de sus proyectos, exigente en hacer bien las cosas, artista cabildor y proyectista fecundo. Cuando se entregaba a sus afanes favoritos, no medía el tiempo. Trabajaba a conciencia y sin prisas.

Sus actividades no siempre estaban presididas por el orden: vigilaba de noche y dormía de día, se entregaba con pasión al trabajo, o tomaba las cosas con calma, consagraba horas y horas a un menester, con menoscabo de otro tan importante como el primero. Estimo que le faltó lo que llaman ahora la racionalización del trabajo con lo que es posible que quedaran inéditas en gran parte sus nada comunes dotes intelectuales. Menos mal que su fortaleza física y su equilibrio moral eran dos rocas graníticas, sin complejos, ni impresionismos.

En resumen: fue bueno, pacífico, estudioso, original, aplozado y sobre todo, ejemplar en la observancia, paternal en los cargos, fervoroso en la oración, ante de las Misiones, enamorado de la Orden.

Su obra misional, extensa y eficiente, acusa un perfil muy personal cuyo relieve queremos destacar:

Desde 1924 en que fue misionero de Taoyuán, fomentó de nodadamente las vocaciones sacerdotales y agustinianas. A partir de la iniciación catequística, observaba las dotes intelectuales y morales del niño y desplegaba sus recursos de captación sobre los jóvenes seleccionados, mediante exhortaciones privadas y clases particulares en las que derrochaba esfuerzos, paciencia y caridad; de este modo el Seminario de Changteh tuvo siempre una lucida representación de alumnos descubiertos y enviados por el P. Nicanor.

Fue, asimismo, ingente su obra en la formación y organización de los Catequistas a quienes certeramente calificaba de brazo derecho del Misionero. La primera etapa que pudiéramos

llamar de aprendizaje, fue iniciativa suya. Seleccionó un excelente grupo al que convocaba y reunía con frecuencia en la Misión central para cambiar ideas, ensayar métodos, hacer ejercicios de predicación y asimilar las enseñanzas y consignas del P. Misionero.

La segunda etapa fue consecuencia lógica de la primera. El Vicario Apostólico, P. Angel Diego Carvajal, impresionado ante los éxitos del P. Alcántara, le colocó al frente de la Escuela de Catequistas de Changteh. Se encargó personalmente de la instrucción de los varones y logró a la vez asegurarse la colaboración de las esposas de los Catequistas colocándolas bajo la vigilancia de competentes maestras que las capacitaban para ser auxiliares de la catequesis.

Fue notable su celo por afianzar la Orden en China, mediante la búsqueda y consolidación de vocaciones agustinianas indígenas. Intervino como consejero y propulsor en la apertura del Noviciado de Hofu. Atendió con solicitud paternal al grupo de profesos españoles que llevó consigo a China. Con estos jóvenes ensayó procedimientos de autosugestión gastronómica, procurándoles viandas que si a los interesados les parecieron *comistrajos*, constituyen un destello más de su originalidad y de su noble empeño por remediar las exigencias nutritivas de los colegiales con el menor quebranto de las menudadas disponibilidades pecuniarias de la Misión.

La penuria económica agravó la crisis del Seminario que no podía sostener un volumen de gastos superior a sus ingresos. Era preciso que algunos seminaristas tornaran a sus casas. Entonces surgió la figura del P. Nicanar que, como ángel bueno, les cortó la retirada y arbitró medios para garantizar la continuación de sus estudios. A este fin, obtiene permiso para trasladar el Noviciado a Yochow, les sigue después hasta Hankow, les busca más tarde asilo en el Seminario Regional y, una vez liquidada la guerra, les lleva a Changteh donde adquiere una casa, a cambio del Noviciado de Hofu, que se convierte en Colegio de S. Agustín. Este centro de formación fue cuidado y mimado personalmente por el P. Alcántara y llegó a ser algo así como el corazón de las Misiones, ya que la mayoría de los agustinos indígenas se formaron en él, siendo entonces y ahora el fuego sagrado de la Orden, tras la expulsión de

los misioneros españoles. El misterio impenetrable que envuelve actualmente nuestras Misiones, no desvirtúa los méritos del P. Alcántara cuya figura campea vencedora sobre las pasiones desatadas de un momento histórico de terror y de un sistema de opresión que no conseguirá sojuzgar los espíritus.

En 1951 regresó a España. Era una caricatura del P. Alcántara de los buenos tiempos. Su rozagante anatomía era la fachada que encubría las grietas de un edificio ruinoso. Defendía con ahinco las últimas posibilidades de su recuperación. Paseaba mucho para quemar grasas. Se hizo popular en Valladolid su graciosa figura: apuntalaba su inmensa mole con una cachaba blanca por la que dio a regañadientes un duro y recorría a diario varios kilómetros con porte de fraile andariego y actitudes de perito agrimensor. Hasta que un ataque cerebral mermó sus facultades en tal forma que se trocó en un despojo humano sin más reacciones que las instintivas y con pérdida casi total de sus funciones intelectivas.

Sobre este lamentable naufragio en que tan bellas prendas se perdieron, siguió flotando su innata bondad, como reliquia de su rica personalidad de otrora. R. I. P.

Datos biográficos: Nació en Fornillos de Fermosella (Zamora) el 11 de marzo de 1888. Estudió latín en Pontejos del Vino (Zamora) de 1899 a 1902. Tomó el hábito en Valladolid el 27 de agosto de 1903, profesó de simples en Valladolid el 29 de agosto de 1904 y de Solemnes en Valladolid el 1 de octubre de 1907. Presbítero en La Vid el 26 de julio de 1912.

Oficios y destinos: Llegó a la Misión en febrero de 1913.

1915 Misionero de Hanshowhsien.

1917 de Tayung.

1918 de Yungshunfu.

1919 de Tihinoshih.

1924 de Taoyuan.

1931 Director del Colegio de Catequistas de Changteh.

1932 Vicario Provincial y Vicario Delegado del Vicariato de Changteh.

1935-1938 Definidor Provincial en Neguri.

1938 Vicario Provincial de Hunan.

1949 Residencia en Manila.

1951 Conventual en Valladolid hasta su muerte.

Actividad literaria: Escribió una Vida de Sta. Rita de Casia en chino.

Falleció en Valladolid, confortado con los SS. Sacramentos, a causa de trombosis cerebral el 24 de marzo de 1956.

† **R. P. Edilberto Redondo Maté. Bilbao 23 de noviembre de 1956.**

He aquí un hombre que sin deslumbrar en nada, brillaba con luz propia en todo. De precaria salud, acusaba en sus formas físicas la endeblesz de su organismo. Era metódico y ordenado por temperamento y por reflexión, ya que se veía precisado a dosificar sus energías y a no quemarlas en empresas superiores a su escaso potencial físico. Cumplía las prescripciones médicas como si fueran ritos. Entre la solicitud de los facultativos y sus vigilantes atenciones personales, fueron apuntalando su maltrecho organismo minado por antiguas dolencias y amenazado por reiterados transtornos que más de una vez le llevaron a la mesa de operaciones y a las puertas de la muerte. Se reponía penosamente para tornar a sus actividades apostólicas, para cuyo desempeño poseía dotes nada comunes.

Era afable y comprensivo, humano y generoso. Dominaba sin esfuerzo los recursos teológicos, morales y místicos con los que resolvió airoosamente cuantos conflictos se le planteaban. Manejaba el idioma con propiedad, entonación y soltura. Corregía, instruí y aconsejaba como con mimo, sin herir ni ofender. Era su palabra a la vez aterciopelada y penetrante. Expresivo en sus ademanes, dejaba escapar por las fisuras de su reserva un humorismo sano y crepitante que le bailaba en sus ojuelos, pillos y escrutadores, tras la atalaya transparente de sus gafas.

Su notable capacidad intelectual, patentizada desde su niñez en el Seminario de Segovia, fue certeramente valorada por su Obispo que le envió al Colegio Español de Roma, donde confirmó el acierto de su elección con un expediente académico en la Universidad Gregoriana, cuajado de buenas calificaciones y presagiador de halagüeñas esperanzas. Pese a sus quebrantos físicos, obtuvo la Licencia en Filosofía a los dieci-

siete años. Hubo de regresar a España y renunciar a más altas empresas intelectuales. Jamás volvió a sentirse fuerte, por lo que su Obispo le proporcionó ocupaciones acomodadas a sus mermaidas posibilidades.

Sobresalió en la predicación y como Director de Ejercicios Espirituales. Hablaba con energía y con unción. Manipulaba con arte su rico caudal de conocimientos. Su oratoria llana, pero correcta, brotaba sin esfuerzo, caldeada de espíritu sacerdotal y de celo evangélico. Entretenía, deleitaba y convencía. El auditorio del P. Redondo llegaba siempre a convencerse de que el orador era santo. Tanto en este aspecto, como en el de confesor y consejero, fue dejando profunda huella de admiración y de afectos en las diversas Residencias en que fue conventual. Era su punto fuerte. Acaso porque era hombre de trato y de tino que vivió desde joven en estrecho contacto con la vida y con los hombres.

Probablemente tuvo menor éxito como educador y formador por falta de adaptación al momento psicológico del joven, menester para el que no estaba preparado, ni se ajustaba a sus condiciones temperamentales y reflexivas.

Fue el P. Redondo un gran conversador. Poseía el difícil arte de la amenidad. Era locuaz sin perderse en reiteraciones ni rutinas. Siempre daba con la nota de novedad para sostener la atención de sus interlocutores. Sabía mucho de todo, incluso de materias al parecer inasequibles, como el cine y los deportes. Atesoraba un inmenso caudal de anécdotas y sucesos que cobraban vida en sus relatos, salpicados de donaire y galanura. Tenía alma de artista para entretener con juegos de palabras y de destreza, con adivinanzas y chascarrillos y hasta con alardes de memoria y de buen humor que hacían las delicias de sus oyentes. De vez en cuando desgranaba atisbos de ingenio chispeante y zumbón, aunque sin pasar la raya de lo discreto, ni desmentir sus modales urbanos y su insobornable respeto a la caridad.

En este punto, sobre todo, fue modelo acabado de convivencia religiosa. Jamás se le oyó hablar mal de nadie, ni dentro, ni fuera del Convento. Incluso pudiera parecer que se excedía en los elogios sobre las personas y su cualidad, ha'llando flores en los páramos y riqueza en los mendigos. Es posible

que algunas de sus ponderaciones fueran más bien lisonjas que hijas legítimas de la sinceridad, pero la palabra del P. Redondo jamás fue demoleadora o corrosiva, ni de prestigios bien cimentados, ni de glorias de oropel. Descanse en Dios que es Caridad.

Datos biográficos: Nació en Turégano (Segovia) el 24 de febrero de 1890. Estudió Latín y Humanidades en el Seminario de Segovia de 1901 a 1905. La Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma y la Teología en el Seminario de Segovia. Se ordenó Sacerdote en Madrid el 20 de diciembre de 1913.

1914-1915 Coadjutor de Sepúlveda (Segovia).

1915-1916 Coadjutor de El Espinar (Segovia).

Seguidamente Capellán particular de los Srs. Marqueses de Astorga hasta su ingreso en la Orden.

Tomó el hábito en Valladolid el 11 de octubre de 1935, profesó de Simples en Valladolid el 12 de octubre de 1936 y de Solemnes en Valladolid el 12 de octubre de 1939.

Oficios y destinos en la Orden:

1936-1938 Sacristán de la Iglesia de Valladolid.

1938-1939 Director espiritual del Colegio de Valencia de Don Juan.

1939 Director espiritual de los Filósofos en Valladolid.

1945 Director espiritual de la Residencia de Barcelona.

1949 Subdirector y Sacristán de la Residencia de Barcelona.

1950 Maestro de Novicios en Becerril de Campos.

1953 Sacristán de la Iglesia de Bilbao, hasta su muerte.

Títulos académicos: Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma en julio de 1907.

Falleció en Bilbao el 23 de noviembre de 1956, a consecuencia de coma hepático, habiendo recibido los SS. Sacramentos.

† **R. P. Amador Flórez García. León, 22 de mayo de 1957**

Regresó a España el año 1950 con la carga de sus graves dolencias. Ofrecía el aspecto de un hombre en declive, no tanto por el peso de los años, como por el aire cansino y el porté

desinflado que le encogía y le medietizaba. Era la estampa perfecta del mártir inmolado en el sacrificio agotador de la enseñanza. Lustros y lustros de profesorado ejemplar y polifacético en los Colegios peruanos de Chosica y de Lima fueron sobrecabando las reservas de su naturaleza, jamás sopesadas, restringidas o egoístamente administradas. Siguió en la brecha con dedicación total a sus tareas hasta que los resortes de su poder desobedecieron el mandato de su voluntad.

Gozó fama de hombre culto, no sólo por el dominio de las materias que explicó con reconocida competencia, sino por su innata afición a lecturas y buceos científicos, históricos y literarios que le proporcionaron unos conocimientos bien dirigidos y ordenados que enaltecían su personalidad. Bien es cierto que su carácter tímido y recatado le impulsaba al aislamiento y a la soledad en las que escondía sus buenas prendas intelectuales. En los últimos años de su vida se recrudecieron sus tendencias, como reflejos de su enfermedad: rehuía el trato, carecía de alientos para solicitar las cosas necesarias, le obsesionaba el pensamiento de resultar molesto a los demás, prefería el retiro a las recreaciones, pero, así y todo, de tarde en tarde, se permitía alguna expansión o comentario con destellos y golpes de ingenio, con frases o juicios que lograban fortuna y acreditaban su fino sentido de la ironía y un espíritu de observación sutil y justiciero.

Lo mismo en el Perú que en Valladolid, Neguri y Valencia de Don Juan, dejó fama de observante, bondadoso, pacífico y amigo de todos y del retiro de su celda.

La muerte, en este caso mensajera de la gloria, se mostró benévola con él. La vio venir desde lejos y acertó a prepararse con envidiables disposiciones en las que encontró firme apoyo para saltar a la eternidad. R. I. P.

Datos biográficos: Nació en Cornombre (León) el 6 de agosto de 1897. Tomó el hábito en Valladolid el 10 de Septiembre de 1914, profesó de Simples en Valladolid el 11 de septiembre de 1915 y de Solemnes en La Vid el 27 de diciembre de 1919 y se ordenó de Presbítero en La Vid el 23 de diciembre de 1922.

Destinos y oficios: Desde 1923 hasta 1950 ejerció el profesorado alternativamente en los Colegios peruanos de Sta. Rosa de Chosica y de San Agustín de Lima.

1950-1853 Conventual del Colegio de Valladolid.

1953-1955 Conventual de la Residencia de Neguri.

1955-1957 Conventual del Colegio de Valencia de Don Juan.

Falleció en León el 22 de mayo de 1957, a consecuencia de síncope cardíaco al ser anestesiado para una operación quirúrgica. Recibió los SS. Sacramentos.

+ **R. P. José González Vega. Madrid, 15 de junio de 1957.**

Otro religioso súbita y dolorosamente arrebatado por la muerte cuando alcanzaba el ecuador de su vida y todo hacía suponer que se hallaba en la plenitud de sus facultades y del máximo rendimiento.

El P. José se hizo hombre en el Colegio de San Agustín de Iloilo y en justa y noble reciprocidad contribuyó con su esfuerzo intelectual y moral a elevar el rango de aquel centro docente hasta verlo convertido en Universidad. Allí derrochó sin regateos sus energías juveniles, tanto en la labor docente propiamente dicha, como en los cargos administrativos, ingratos, monótonos y enervantes. Estaba ampliamente capacitado para ambas misiones, por temperamento y formación, de ahí que su obra fuera eficiente y copiosos los frutos que de ella se derivaron para el auge de la Universidad de San Agustín y el bien intelectual y moral de sus alumnos.

Veinticinco años de vida filipina, asimilada en el clima favorable de su fácil adaptación, su equilibrado temperamento y su despierto sentido de observación, le colocaron en circunstancias excepcionalmente favorables para ser piedra fundamental del gran edificio de nuestra Universidad filipina. Y lo fue por espacio de muchos años. Su buena siembra sigue en pie, aunque él no recogiera la cosecha ambicionada, y su nombre ha quedado indisolublemente unido a la etapa más laborfosa y decisiva de la historia de San Agustín de Iloilo.

Es posible que en su posterior peregrinar por otras latitudes, llevara en el corazón, engarzado en espinas, el recuerdo de Iloilo. También ellas son timbre de gloria, crisol de virtudes y siembra de recompensas, a la vez que sondeo de los filones de amor de Dios que se esconden en las profundidades del al-

ma y que sólo en las pruebas afloran a la superficie para nutrir la resignación propia y el ejemplo de los demás.

Dos años permaneció en Iquitos, sin llegar a aclimatarse. Los agentes atmosféricos acaso fueran similares a los de Oriente, pero fueron más poderosos los morales. Se dejó crecer la barba, ofreciendo un aspecto singular entre misionero y ermitaño que infundía respeto y veneración. Trabajó en las clases y en los ministerios a satisfacción de sus Superiores, ayudó cuanto pudo a sus hermanos, pero sintió, como las aves migratorias la necesidad biológica de levantar el vuelo y de revivir las glorias universitarias de su primera juventud.

Cuando la voz de la obediencia llamó a las puertas de su voluntad, debió acoger la orden como un mensaje de amor y de paz, como un repique de gloria, ya que no se pueden traicionar ni eludir las leyes de la gravitación espiritual. El P. José fue destinado a la Universidad de Sto. Tomás de Villanueva de la Habana. Desde su llegada pareció volcar las ilusiones reprimidas y recreadas en los años precedentes. El ambiente universitario le sumergió en una atmósfera de optimismo y de bienestar que vino a constituir a sus cincuenta años una especie de segunda juventud. Encajó de maravilla en aquel Centro de Enseñanza Superior y su actuación espiritual y docente merece en justicia los calificativos más encomiásticos y enaltecedores. Son testigos de excepción sus Superiores y compañeros que el refrendar estas objetivas apreciaciones, rindieron tributo a la verdad.

Su inesperada muerte les llenó de consternación y sirvió para tejer sobre su tumba una corona de elogios que son el mejor panegírico de sus cualidades personales y el refrendo incontestable de la fecundidad de su obra.

Lamentamos y sentimos sinceramente que se rompiera su vida cuando todo hacía presagiar mayores triunfos y un rendimiento incalculable para los acogedores Padres Agustinos americanos que le prestaron pródigamente el calor de su desbordante caridad agustiniana. Descanse en paz.

Datos biogáficos: Nació el 16 de marzo de 1905 en Matalluenga (León). Cursó latín y Humanidades en Valencia de Don Juan. Tomó el hábito en Valladolid el 22 de agosto de 1920,

profesó de Simples en Valladolid el 23 de agosto de 1921 y de Solemnes en La Vid el 9 de abril de 1926. Se ordenó Sacerdote en Manila el 29 de abril de 1929.

Destinos y oficios: Profesor e Inspector en Iloilo de 1929 a 1936.

1936-1938 Estudiante en la Universidad Católica de Wáshington.

1938-1952 Conventual de Iloilo.

1946-1952 Subdirector y Secretario de Iloilo.

1952-1954 Profesor del Colegio de San Agustín de Iquitos.

1954-1957 Profesor de la Universidad de Santo Tomás de Villanueva en la Habana (Cuba).

Títulos académicos: Master of Arts por la Universidad Católica de Wáshington el 15 de junio de 1938.

Falleció en Madrid el 15 de junio de 1957, a consecuencia de angina de pecho, al venir de vacaciones. Recibió los Santos Sacramentos.

**Animae eorum et omnium fratrum nostrorum
per misericordiam Dei
requiescant in pace. Amen.**